

HISTORIA Y TRASCENDENCIA URBANÍSTICA DEL PALACIO GOMIS

Lluís Pemanyer

Francesc de Gomis, un acaudalado mercader de telas barcelonés con un popular establecimiento comercial en la calle Argenteria, compró dos casas sencillas que Ana María Rey poseía en la calle Barra de Ferro, 5 y 5 bis.

Corría el año 1791. De Gomis contrató al prestigioso maestro de obras Joan Garrido i Bertran (Barcelona, 1724-1792), profesional al servicio del Obispado y de la Real Audiencia; había proyectado en su ciudad natal la restauración del monumento a Santa Eulàlia, en la plaza del Pedró, pero sobre todo la formidable sede del Gremi dels Velers o de l'Art Major de la Seda (1758), que aún admiramos hoy en día en la Via Laietana. También había proyectado la casa de un antepasado de Martí de Riquer en la calle dels Escudellers 2 (1764), chaflán con la calle Nou de Sant Francesc. Gomis le encargó que derruyera aquellas casa viejas y prosaicas, uniera las dos fincas y construyera un edificio representativo de su considerable poder económico. El resultado de la obra pasó a ser conocido entonces como el palacio Gomis.

No escatimó en nada y el resultado constituyó una magnificencia singular. La ornamentación original se repartía con generosidad y eficacia por doquier. La pieza más espectacular fue el gran salón principal, del cual se ignora la fecha exacta de construcción. Éste consiste en un impresionante espacio cúbico regular de nueve metros de lado. Si el resto de estancias se decoraron con techos pintados, estucados y molduras de yeso, en el salón la ornamentación se enriquece además con un friso ancho esculpido en relieve con grupos de ménades o figuras femeninas cinceladas por una mano profesional y muy afinada. Puede ser definido como el conjunto barroco catalán tardío, inspirado en un neoclasicismo civil francés, el más relevante de la época.

El lugar era magnífico y bien escogido. En efecto, casi en el chaflán de la calle más noble de la ciudad: Montcada; honraba el apellido de los magnates que ya en el siglo XI financiaron el primer espacio público medieval proyectado en su totalidad como un eje urbano. Un seguido de palacios, casi todos rehabilitados, lo siguen ennobleciendo. El nombre Barra de Ferro (Barra de Hierro) se originó a raíz del 22 de septiembre de 1668 cuando el Ayuntamiento, según precisa la Rúbrica de Bruniquer, pagó “ 32 libras y 12 sueldos para las barras de hierro que se pusieron en la boca de la cloaca y también para la barrera”.

La estrategia militar del megalómano Bonaparte perjudicó directamente a Gomis, por culpa del poderoso ocupante Lechi.

Giuseppe Lechi, militar italiano profesional (1766-1836), se había puesto rápidamente al servicio de Napoleón. A finales de 1807 y en calidad de general de división que regía el Cuerpo de Observación de los Pirineos Orientales, esperaba en la frontera francesa la orden de pasar a España por el paso de Le Perthus. El 13 de febrero entró en Barcelona con 5400 soldados y 1500 caballos; también hace lo mismo el general Duhesme.

Lechi escogió el Palau Gomis para ir a vivir.

El general Philibert Duhesme intentó instalarse primero en el palacio del barón de Maldà, en la calle del Pi, pero finalmente ocupó, en primer lugar la casa del marqués de Villel en la plaza de Sant Josep Oriol, y después el palacio March de Reus en La Rambla.

Los generales Frère, Chabran, Clement, Schwartz y algunos otros, también escogieron las mejores casas. Bally, cirujano mayor, se instaló en la casa Martí, de la calle Basea. Y el capitán de caballería Balbir, en la casa Valldejuli, en la calle Ample.

Lechi fue más listo que el general español Ezpeleta: aprovechó la ingenuidad de la guarnición de la Ciutadella, para ocuparla sin disparar ni un solo tiro, fingiendo que iba a pasar revista a la tropa. Y entonces se autoproclamó gobernador militar, es decir, quien mandaba sobre todas las fuerzas francesas acuarteladas en Barcelona y en sus fuertes. Una de las primeras medidas que tomó Lechi fue encarcelar a los barceloneses más influyentes y ricos, con tal de extorsionarlos. Uno de los detenidos fue precisamente el amo del palacio que él había ocupado: Gomis, que pertenecía a la Junta de Subministros, es decir, aquellos que debían facilitar al ocupante francés aprovisionamiento y dinero.

Justo en la puerta del palacio Gomis sucedió un incidente grotesco, que indignó a una ciudad ya airada. Curiosamente no fue relatado por Juan Mercader en su extensa monografía sobre la invasión napoleónica (*Barcelona durante la ocupación francesa*); lo cuenta, en cambio, Lluís Almerich en los tres volúmenes consagrados a evocar calles (*Història dels carrers de la Barcelona vella*). El general puso mucha vigilancia en su nueva residencia. Y un día, al pasar un menestral por delante del portal, que iba picando su pastilla de tabaco con la hoja de un pequeño cuchillo, fue advertido por uno de los centinelas que no dudó en tomar medidas inmediatas y muy enérgicas, ordenándole que se detuviera. Tan concentrado estaba el buen hombre en lo que hacía, que no se dio cuenta de lo que le decían y siguió como si nada. El soldado no se lo pensó dos veces: le disparó y le hirió de cierta gravedad. El suceso revolucionó al vecindario; Lechi intentó justificarlo al mostrar el pequeño cuchillo, calificándolo de puñal, argumentando que el menestral había intentado una acometida. Nadie dio crédito a una versión tan poco contrastada. La situación se agravó aún más al día siguiente, al morir el herido. El general temió por su seguridad y decidió trasladarse a vivir al palacio que la familia francesa Larrard poseía en la calle Ample; y no fue solo: le acompañaba La Ruga, su amante italiana.

Lechi consideraba que mejoraba su situación estratégica, dada la proximidad de La Rambla y la caserna de las Drassanes.

El palacio Gomis fue entonces ocupado por M.Bourdon, comisario interventor.

Lechi es definido por los historiadores como un tipo sin escrúpulos morales, arbitrario, capaz de hacer todo tipo de ilegalidades con tal de conseguir lo que en cada momento quería. Obligaba a la policía a emplear la violencia para conseguir los pagos. El asesinato del usurero milanés Canton le costó el cargo. Cuando el general Guvion de Saint-Cyr abandonó Barcelona el 15 de abril de 1809, se llevó a Lechi.

Francesc de Gomis disfrutó bien poco de aquel palacio que había ordenado construir con tanta ilusión y gasto: murió el año 1815. No pudo ver, ni sufrir, todo lo sucedido después, que empezaba a mutilar sensiblemente un edificio tan noble. Y es que en 1860 se inauguró la apertura de la calle Princesa. Era un hecho ineluctable, ya que formaba parte de la primera gran transformación urbanística, constituida por un eje (calles Ferran, Jaume I y Princesa) basado en la línea recta, el camino más corto, rápido y directo para unir la Ciutadella con La Rambla. El proyecto, que dio pie a la creación de la plaza Sant Jaume, la que sin duda merecían unos Ayuntamiento y Generalitat contruidos uno enfrente del otro, fue ejecutado por el arquitecto municipal Josep Mas i Vila. De todas formas, es necesario precisar que no había sido fruto de su imaginación creativa, sino de la aplicación de la estrategia militar que habían ideado los franceses. En efecto, el hecho de que Lechi viviera en el palacio Gomis le permitió reflexionar sobre la densidad asiática que ya sufría Barcelona y que dificultaba gravemente la movilidad de sus tropas. Fue entonces cuando ya se consideró conveniente conseguir comunicar por vía directa y ancha la Ciutadella con La Rambla, donde los ocupantes franceses tenían el cuartel general y la caserna de las Drassanes.

A pesar de que la construcción de aquel eje exigía un derribo de una envergadura tremenda, que sentenciaba muchas casas y también algunos edificios históricos relevantes, poco después de la derrota del francés ya fue llevado a cabo con un dinamismo y una prisa nunca vistas antes. Por ejemplo, en la construcción de la calle Ferran, un capitán general inquieto por

la resistencia tenaz exhibida por un convento de monjas sentenciado al desahucio, ordenó que si no era evacuado inmediatamente, lo derribaría a cañonazos. Así, el nacimiento de la calle Princesa supuso la destrucción de una parte del palacio Gomis, que además quedó dividido: la parte menos noble quedó aislada al otro lado de la nueva calle. Hay que precisar que, por otra parte, había ganado así una fachada relevante a la calle Princesa, la de los números 16 y 18, proyectada por el arquitecto Miquel Garriga i Roca; a principios del siglo XX apareció el portal de sensual curva modernista.

La mutilación no acabó aquí, por desgracia. El patio elegante y equilibrado también fue modificado sensiblemente. Lo cierto es que cuando alguien se encuentra delante del número 5 de Barra de Ferro, ni la fachada ni el sorprendente tamaño del portal permiten intuir la magnificencia interior que esconde.

Quizá por eso se atrevieron a persistir en la mutilación, que acabó degenerando en la ocupación del formidable vacío del salón principal, que se llenó con pequeñas estancias y se parceló en tres pisos; en el principal vivió el editor Gustavo Gili. Se instalaron también la Escola de Sabaters y una pensión. No está mal.

Por tanto, la realidad era que el palacio Gomis había desaparecido, engullido por aquel inmerecido y humillante destino. No sorprende que cuando en 1944 la editorial Dalmau publicó el libro de Ramon Aliberch, *Las casas señoriales de Barcelona*, no mereciese ser evocado, sino simplemente mencionado y sin ningún adjetivo.

La recuperación se hizo esperar: la pintora holandesa Gertrud D-Trudy Derksen lo compró, lo hizo rehabilitar, bajo la responsabilidad de los experimentados arquitectos Mercè Zazurca y Josep Gorgues, y lo inauguró en 2002 como centro de exposiciones de arte contemporáneo y otras actividades culturales. Fue, como quien dice, flor de un solo día; no me sorprendió en absoluto: lo vi venir el mismo día de su apertura, al hablar un rato con la artista y su compañera, que se encargaba del mecenazgo. Al menos permaneció cerrado, sin ningún otro tipo de penitencia. Hasta esta primavera del 2011, gracias al arquitecto José Manuel Infiesta Monterde, el nuevo propietario: lo ha restaurado y adecuado para mostrar una selección de su nutrida colección de arte contemporáneo figurativo.